

Robbie Castleman
Prólogo de Ruth Bell Graham

CRIANZA EN LA IGLESIA



Guiando a tus hijos a participar
en el gozo de la adoración

Superventas ahora en español



InterVarsity Press
ivpress.com

Taken from *Crianza en la iglesia* by Robbie Castleman.

Copyright © 2026 InterVarsity Press, LLC.

Published by InterVarsity Press, Downers Grove, IL.

www.ivpress.com



InterVarsity Press

Copyrighted content.

CONTENIDO

Prólogo de Ruth Bell Graham	1
Prefacio a la edición revisada y actualizada	3
1. Papá, me gustaría presentarte a mis hijos	7
2. Adoración antes y después de tener hijos	17
3. Adoración y cachorros	25
4. La mañana del domingo comienza el sábado por la noche	37
5. Contar ladrillos o encontrarse con Dios	51
6. Hacer ruido de alegría	73
7. Oración, confesión y alimentos enlatados	83
8. ¿Cuánto duró ese sermón?	97
9. Ahorrar para algo especial	113
10. El abrazo santo	127
Gracias	135
Preguntas para la discusión y reflexiones	137
Para leer más	149

PAPÁ, ME GUSTARÍA PRESENTARTE A MIS HIJOS

OJALÁ HUBIERA PRESTADO MÁS ATENCIÓN a los momentos importantes de mi vida. No recuerdo qué llevaba puesto mi marido cuando lo conocí. Recuerdo dónde y cuándo ocurrió, pero no recuerdo nada de lo que dijo. ¿Cuáles fueron sus primeras palabras?

Por supuesto, no sabía que aquella húmeda tarde en Nueva Orleans cambiaría el curso de mi vida. Estaba en esa ciudad para ver el Barrio Francés, no para enamorarme. Me distrajeron la emoción, el ruido, el brillo y los deliciosos aromas de la Ciudad del Crepúsculo. Debería haber prestado atención a aquel joven tan interesante, pero no lo hice.

No recuerdo la primera vez que mi padre vio a su primer nieto, mi hijo Robert. Mi madre voló dos semanas después de que Robert nació, pero fue cinco meses después cuando mi padre vio y tomó en brazos a su nieto. No recuerdo cómo sucedió, porque estábamos en medio de una boda familiar. El bullicio de las mujeres con sus vestidos, las flores, las compras, la comida, los ensayos y la recepción acapararon toda mi atención. Hay partes realmente importantes de esa visita a casa que no puedo recordar.

A todos nos resulta fácil pasar por alto los momentos verdaderamente importantes de la vida. Las distracciones, el ajetreo y la preocupación por el futuro nos roban lo que Dios puede estar preparando en el momento presente de nuestras vidas. Por lo general, vemos los momentos significativos, los puntos de inflexión de nuestras vidas, desde la distancia. Entonces nos detenemos con asombro y murmuramos: «Ah, no me di cuenta de lo importante que era en ese momento».

La vida de los niños se ve afectada por momentos que apenas llaman nuestra atención. Dada la confianza y la familiaridad de los adultos con el mundo, es fácil pasar por alto la perspectiva, a menudo conmovedora, de los niños. También aprendí el valor de observar en silencio a mis hijos desde la distancia para ver cómo se relacionan con las personas, las cosas, las situaciones y consigo mismos.

Cuando tenían tres y cuatro años, nuestros hijos iban dos veces por semana durante media mañana a una guardería situada frente a nuestra iglesia. La ventana de la cocina de nuestra iglesia daba al patio del preescolar. Varias veces al mes me paraba junto a la ventana, miraba a Robert y a Scott, y oraba pidiendo entender quiénes eran «allá afuera», lejos de mí, y quiénes llegarían a ser con el paso de los años. Buscaba señales de sus dones y personalidades emergentes, cómo jugaban, se defendían, se recuperaban de las caídas y se comportaban cuando estaban solos.

Me fascinaba cómo nuestro hijo mayor siempre tenía un proyecto propio. Robert se contentaba perfectamente con apilar cosas contra una valla él solo o, según me parecía, jugar en un espacio imaginario que solo él podía visualizar y del que disfrutaba. Otros niños o su hermano podían unirse a él o no, pero si lo hacían, él era el que mandaba. Scott, por su parte, necesitaba gente, mucha gente. Nunca parecía planear nada solo, y creo que nunca lo vi jugar solo. De hecho, si veía a un niño solo, a menudo se acercaba a él y le ofrecía incluirlo en el juego que estaba ayudando a organizar o en la aventura que se estaba gestando.

Me alegro mucho de no haberme perdido ver cómo sus intereses posteriores eran simplemente una extensión de lo que siempre habían sido. Me alegro mucho de haberme quedado en la ventana de la cocina, aunque siempre tuviera «mucho que hacer» en esas mañanas «libres». Mirando atrás, me doy cuenta del valor de ver lo que Dios estaba haciendo al otro lado de la calle con mis dos hijos tan diferentes y sus personalidades preescolares. Me ha facilitado confiar en Dios con respecto a su futuro incierto, porque ellos son, sin duda, la obra única de Dios desde el principio.

VALE LA PENA PRESTAR ATENCIÓN

Prestar atención no siempre es fácil, ni siquiera para los padres con las mejores intenciones. A veces yo solo quería «apagar» al parlanchín. Recuerdo que una vez se lo dije a mis pequeños, y el parlanchín, muy tranquilo, me respondió que no podía apagarse, porque tenía baterías.

Es especialmente difícil prestar atención a los niños cuando hay otras cosas a las que prestar atención. Estar inmerso en tu programa de televisión favorito, una llamada telefónica importante o un buen libro en un rincón tranquilo parece ser una señal para los niños, que de repente descubren que necesitan atención. En el momento en que te acomodas en el sofá para relajarte con una revista, un adolescente que no ha hablado desde la semana pasada, de repente querrá contarte todo sobre la clase de gimnasia. ¿Y no es asombroso cómo el bebé siempre necesita alimentarse justo en el momento en que mamá se sienta a cenar?

El servicio de adoración puede ser uno de los momentos en los que los padres queremos prestar atención a otras cosas que no sean nuestros hijos. Los niños pueden distraer, molestar y avergonzar en la iglesia. Ser padres puede hacer que sentarse en un banco sea muy difícil. Prestar atención a nuestros hijos puede hacer que no estemos atentos al servicio.

La tentación de quedarse en casa, o al menos de mantener a los niños fuera del templo, es real. Es difícil prestar atención a Dios y a los niños al mismo tiempo.

Sin embargo, enseñar a los niños a prestar atención a Dios es una forma excepcional de tenerlo todo. Ser padres desde los asientos de la iglesia puede ayudar a los niños y a los padres a prestar atención a lo que es realmente importante.

Aprender a prestar atención a mis hijos me ha ayudado a prestar atención a mi Padre celestial en la adoración. Y recuerdo los momentos en que mis hijos fueron sostenidos por primera vez en los brazos del Padre. Todavía puedo ver las lágrimas de arrepentimiento de Scott cuando confesó su «corazón sucio» a Jesús. Todavía puedo

oír el «Jesucristo, el Crucificado» que entonaban en voz alta y desafinada mis hijos pequeños cuando aprendieron este estribillo de un viejo himno.

Estaba con ellos cuando entendieron por primera vez una ilustración del evangelio. Respondí a sus preguntas sobre una palabra de cinco sílabas utilizada en un sermón. Estaba junto a Robert y Scott la primera vez que sostuvieron en sus manos los símbolos sagrados del cuerpo y la sangre de Cristo. Presté atención. Estos momentos de gracia y adoración se recuerdan. Y se atesoran.

Enseñar a sus hijos a adorar es una forma de prestar atención a los momentos verdaderamente importantes y transformadores de la vida. Ser padres desde los asientos de la iglesia te mantiene centrado en la importancia del momento, para que no te pierdas entre las distracciones del día.

Enseñar a los niños a adorar puede permitir tanto a los padres como a los hijos prestar atención a lo que Dios está haciendo. Ser padres desde los asientos de la iglesia te ayuda a prestar atención a lo más importante que puedes enseñarle a tu hijo: adorar. La adoración es lo único realmente importante que podemos hacer para siempre.

Para muchos padres, sesenta minutos en una silla de iglesia con un niño pequeño inquieto o un adolescente malhumorado pueden parecer una eternidad. La adoración puede ser lo más alejado de nuestras mentes cuando los niños nos distraen.

En realidad, enseñar a los niños a adorar es difícil para algunos de nosotros porque nosotros mismos no tuvimos la experiencia de adorar cuando éramos niños. Quizás tus recuerdos de la iglesia en la infancia sean similares a los míos.

ENAGUAS Y NOTAS SECRETAS

De joven iba a la iglesia, normalmente con zapatos relucientes y una enagua que picaba. Me portaba bastante bien y estaba razonablemente tranquila, al menos físicamente. Mental y emocionalmente,



me divertía fuera, contaba ladrillos e inventaba historias descabelladas sobre las personas que tenía delante. Sin embargo, con el tiempo me cansé de contar ladrillos y garabatear en el boletín y pasé a la fila «de los adolescentes» para pasar notas y hablar sobre las personas alrededor.

Dejé de ir los domingos por la mañana al final de mi adolescencia, contribuyendo a una tendencia documentada que se observa en los estudios sobre la asistencia a la iglesia. Una de las razones por las que dejé de ir fue que nunca me habían enseñado a adorar. Solo me habían dicho que estuviera callada en la iglesia.

Durante mi infancia, mis queridos padres no sabían la diferencia. Mamá y papá hicieron lo mejor que pudieron con lo que sabían. Mamá creció «yendo a la iglesia», pero no para adorar, mientras que papá no había ido a la iglesia por ningún motivo cuando era joven.

Durante los primeros años de mi infancia, mis padres sufrieron profundamente por la pérdida de su primer hijo, un hermano al que nunca conocí, por «muerte súbita» (síndrome de muerte súbita del lactante). Luego, cuando yo tenía cuatro años, sufrimos un accidente de auto. Algunas personas que fueron amables y nos ayudaron en el lugar del accidente se convirtieron en nuestros amigos, y fueron ellos quienes animaron a mis padres a empezar a asistir a la iglesia y a la escuela dominical. Mi madre ahora recuerda y reflexiona: «Sabíamos que necesitábamos algo en nuestras vidas». Así que fuimos.

Mientras me sentaba junto a ellos, la diferencia entre «ir a la iglesia» e «ir a adorar» era algo que ellos estaban empezando a descubrir.

Todo lo que me enseñaron fue a «estar callada y portarme bien». «Quédense quietos, reconozcan que yo soy Dios» es más bíblico (Salmo 46:10). Este versículo comienza a definir la diferencia entre «ir a la iglesia» e «ir a adorar». Ir a adorar requiere una transformación de la vida y surge de un corazón nuevo, no de un viejo hábito.

Ir a la iglesia puede ser nada más que una gestión inteligente del tiempo con buenas intenciones. Puede que no tenga mucho que ver con la adoración.

SOLO IR A LA IGLESIA

Podemos ir a la iglesia simplemente porque es bueno para nosotros, nos beneficia, nos ayuda a organizar la semana, mantiene a los hijos alejados de las drogas y además nos gusta la música. Podemos conformarnos con ir a la iglesia porque es «bueno para nosotros». Prestar atención a Dios en la adoración rara vez influye en la forma de pensar o nos llega al corazón.

En más de una ocasión (normalmente en un estadio o en un gimnasio) he escuchado la misma conversación. Es algo así:

AMY: Sabes, ahora que los niños son mayores, realmente tenemos que volver a la iglesia. Creo que nos vendría bien.

CHRISTINA: Sí, no sé qué haríamos sin nuestra iglesia. Mantiene a los niños ocupados. Siempre tienen algo que hacer.

AMY: Bueno, a Buddy no le gustan mucho los servicios largos. ¿A dónde van ustedes?

CHRISTINA: Oh, le gustaría nuestra iglesia. Tiene mucha vida. La música es estupenda. A Wayne y a mí nos gustan los sermones. No se alargan demasiado.

AMY: Quizás la visitemos algún domingo. ¿Qué iglesia es?

CHRISTINA: Es Riverside Fellowship. La que tiene un gran vitral y todo un lado acristalado. En la esquina de Hyde y Central.

AMY: Oh, la conozco. La hija de una de las mujeres de nuestra oficina se casó allí. Era muy bonita.

CHRISTINA: Me gusta. Ahora que los niños son lo suficientemente mayores como para sentarse con sus amigos, puedo sentarme y relajarme un poco.

AMY: Bueno, por eso hemos esperado para volver a la iglesia. Era demasiado complicado cuando los niños eran pequeños, pero creo que ahora que son mayores les vendrá bien.

¿Por qué vamos a la iglesia? Mis padres me llevaban porque ninguno de nosotros murió en un accidente de auto cuando yo tenía cuatro años. Le habían hecho una promesa a Dios.

Algunas personas van porque se lo prometieron a sus padres o abuelos. Otras, incluidos los políticos, van porque es bueno para su imagen o sus negocios. A algunas personas les gusta la «monotonía» de la iglesia porque el mundo es complicado e incluso amenazador. A mucha gente le gusta ir a la iglesia para recibir ayuda y apoyo de los demás o simplemente para sentirse mejor consigo misma y con la vida en general. Pero creo que algunas personas son como Amy y Christina y el antiguo anuncio de por qué comer avena: «Es lo correcto».

Y lo es. Sin embargo, la adoración es la razón correcta. Pero la adoración no es algo natural para nosotros, los seres humanos. Dios tuvo que entrenar a la nación de Israel para que adorara. Hizo todo lo posible para enseñar a su pueblo cómo merecía ser honrado, amado y conocido.

Dios estableció pautas generales («Quédense quietos...») y reglas específicas («Si se trata de un carnero, se preparará una ofrenda de cereal de dos décimas partes de un efa de harina refinada...» [Números 15:6]) para su adoración. Así, Dios comenzó con Israel a enseñar a un pueblo cómo adorarlo «en espíritu y en verdad» (Juan 4:24).

Dios desea nuestra adoración. Él la ordena. Su Palabra nos enseña cómo amarlo, cómo adorarlo. Los hijos de Israel, nosotros y nuestros hijos debemos ser entrenados para adorar. He aprendido a lo largo del camino y en mi estudio de las Escrituras que la adoración bíblica tiene como objetivo, en parte, ayudar al pueblo de Dios a recordar, ensayar y recrear la gran historia de la salvación de Dios. Entrar en esa historia semana tras semana con nuestros hijos es un gran recordatorio de nuestro lugar en ella. Es bueno que nos demos cuenta de que no somos los «protagonistas» de la historia de Dios, sino que Dios es el medio y el fin último de la fe y la vida, tanto para nosotros como para nuestros hijos. Como madre, solo puedo estar de pie junto a la ventana durante treinta minutos mientras los niños juegan, pero el Padre, que

no duerme ni descansa, cuenta todos nuestros días y nos vigila con una sabiduría superior y un amor más profundo que el que cualquier padre podría tener.

SE BUSCA: FORMACIÓN PARA LA ADORACIÓN

Los padres enseñan a sus hijos a tender la cama, batear pelotas de béisbol, calcular fracciones y sobre finanzas. Hay estanterías llenas de libros, columnas de consejos y muchas buenas razones para desarrollar esas habilidades.

Pero aunque tenemos muchos consejos sobre finanzas y crianza de los hijos, se ha escrito muy poco sobre cómo enseñar a los niños a adorar. En el libro *Dr. Dobson Answers Your Questions* (El Dr. Dobson responde a tus preguntas), James Dobson afirma que la «formación espiritual» es importante y dice que los primeros siete años de vida de un niño son el «momento ideal» para esta formación. Proporciona una lista de verificación de veintiocho preguntas para los padres.

Las dos preguntas de la lista de verificación relacionadas con la iglesia y la adoración son las siguientes:

- ¿Estás aprendiendo a comportarte adecuadamente en la iglesia, la casa de Dios?
- ¿Estás aprendiendo a santificar el día del Señor?

Son dos buenas preguntas. Los padres necesitan ayuda cuando intentan enseñar a sus hijos sobre la iglesia. Pero la ayuda que les dan debe enseñar a los niños a adorar, no solo a reducir el estrés de una hora en el banco de la iglesia.

Crianza en la iglesia está escrito para ayudar a los padres a enseñar a los niños el único «comportamiento adecuado» para la iglesia: ¡la adoración! Este libro es una expresión de mi alegría al aprender con mis hijos cómo recordar el día del Señor y santificarlo.

Ser padres desde los asientos de la iglesia puede ser una ardua batalla o un triunfo sagrado de la gracia. Puede consistir en órdenes susurradas: «Cállense», «Shhhhh», «Quédense quietos», o puede contener

los momentos más íntimos de la vida con la familia de Dios reunida en su presencia. La mañana del domingo con los niños en la iglesia puede ser la hora más larga de la semana, o puede proporcionar la mejor preparación para la alegría eterna.

Enseñar a tus hijos a adorar —criarlos en la vida de la iglesia— es entrar en la casa de tu Padre celestial y decir: «Papá, quiero presentarte a mis hijos». Adorar es contemplar la sonrisa de tu Padre.

BUY THE BOOK!

ivpress.com/crianza-en-la-iglesia



InterVarsity Press

Copyrighted content.